

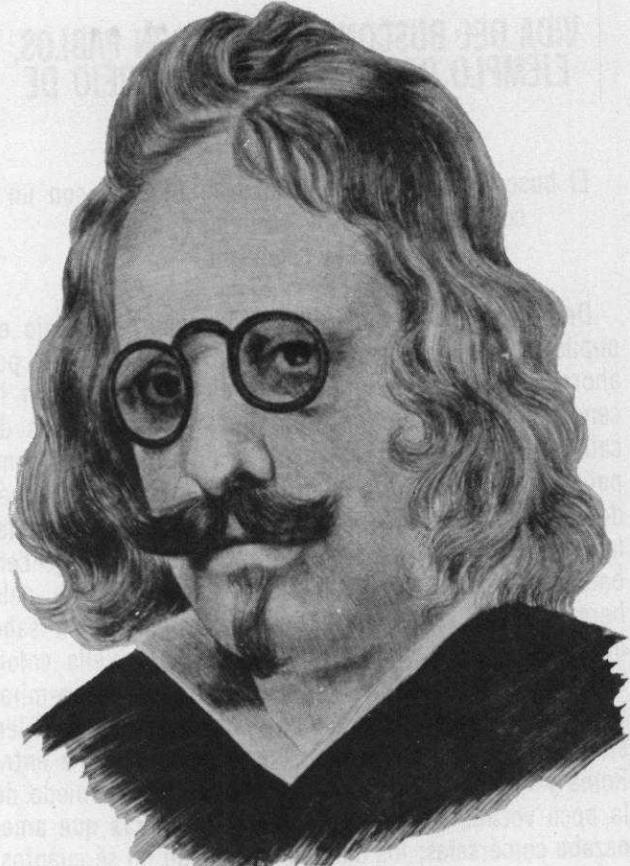
sidad que he de saber, que me quiero volver a jígote, que me hallo mejor?» —«Murió Felipe III», dije yo. —«Fue santo rey y de virtud incomparable (dijo el nigromántico), según leí yo en las estrellas pronosticado.» —«Reina Felipe IV días ha», dije yo. —«¿Eso pasa? (dijo). ¿Qué, ya ha dado el tercero cuarto para la hora que yo esperaba?» Y diciendo y haciendo subió por la redoma, y la trastornó y salió fuera. Iba diciendo y corriendo: «Más justicia se ha de hacer ahora por un Cuarto, que en otros tiempos por doce millones.»

Yo quise partir tras él, cuando me asió del brazo un muerto, y dije: «Déjalo ir; que nos tenía con cuidado a todos; y cuando vayas al otro mundo, di que Agrages estuvo contigo, y que se queja que lo levantéis: **Agora lo veredes** (13). Yo soy Agrages: mira bien que no he dicho tal; que a mí no se me da de nada que ahora ni nunca lo veáis: y siempre andáis diciendo: **Agora lo veredes, dijo Agrages.** Sólo ahora que a ti y al de la redoma os oí decir que reinaba Felipe IV, digo que ahora lo veredes. Y pues soy Agrages, **agora lo veredes, dijo Agrages.**»

VIDA DEL BUSCON LLAMADO DON PABLOS, EJEMPLO DE VAGABUNDOS Y ESPEJO DE TACAÑOS

El buscón cuenta cómo estuvo en pupilaje con un compañero suyo de escuela, hijo de un notable segoviano

Determinó, pues, don Alfonso de poner a su hijo en pupilaje: lo uno por apartarlo de su regalo, y lo otro por ahorrar de cuidado. Supo que había en Segovia un licenciado Cabra, que tenía por oficio de criar hijos de caballeros, y envió allá el suyo y a mí para que lo acompañase y sirviese. Entramos primer domingo después de Cuaresma en poder de la hambre viva, porque tal lacería no admite encarecimiento. El era un clérigo cebatana, largo sólo en el talle, una cabeza pequeña, pelo bermejo. No hay más que decir (14) para quien sabe el refrán que dice, ni gato ni perro de aquella color. Los ojos avieñados en el cogote, que parecía que miraba por cuévanos, tan hundidos y oscuros, que era buen sitio el suyo para tiendas de mercaderes; la nariz entre Roma y Francia...; las barbas descoloridas de miedo de la boca vecina, que, **de pura hambre, parecía que amenazaba comérselas;** los dientes le faltaban no sé cuántos, y pienso que por holgazanes y vagabundos se los habían desterrado; el gaznate largo como aveSTRUZ, con una nuez tan salida, que parecía se iba a buscar de comer forzada de la necesidad; los brazos secos; las manos como un manojo de sarmientos cada una. Mirado de media abajo, parecía tenedor, o compás con dos piernas largas y flacas; su andar muy despacio; si se descomponía algo, se sonaban los huesos como tablillas de San Lázaro (15); **la habla ética;** la barba grande, por nunca se la cortar, por no gastar; y él decía que era tanto el asco que le daba ver las manos del barbero por su cara, que antes se dejaría matar que tal permitiese; cortábale los cabellos un muchacho de los otros. Traía un bonete los días de sol, ratonado con mil gateras, y guarniciones de grasa; era de cosa que fue paño, con los fondos de caspa. La sotana, según decían algunos, era milagrosa, porque no se sabía de qué color era. Unos, viéndola tan sin pelo, la tenían por de cuero de rana; otros decían que era ilusión: desde cerca parecía negra, y desde lejos entre azul; llevábala sin ceñidor y no traía cuello ni puños; parecía, con los cabellos largos y la sotana misera y corta, lacayuelo (16) de la muerte. Cada zapato podía ser tumba de un filisteo. Pues ¿su aposento? Aun arañas no había en él: conjuraba los ratones, de miedo que no le royesen algunos mendrugs que guardaba; la cama tenía en el suelo, y dormía siempre de un lado, por no gastar las sábanas; en fin, era archipobre y protomiseria. A poder, pues, déste vine y en su poder estuve con don Diego, y la noche que llegamos nos señaló nuestro aposento y nos hizo una plática corta, que por no gastar tiempo no duró más: díjimos lo que habíamos de hacer. Estuvimos ocupados en esto hasta la hora de comer; fuimos allá; comían los amos primero, y servíamos los criados. El refitorio era un aposento co-



mo un medio celemín; sustentábanse a una mesa hasta cinco caballeros. Yo miré lo primero por los gatos, y como no los vi, pregunté que cómo no los había a un criado antiguo, el cual, de flaco, estaba ya con la marca del pupilaje. Comenzó a enternecerse, y dijo: «¿Cómo gatos? Pues, ¿quién os ha dicho a vos que los gatos son amigos de ayunos y penitencias? En lo gordo se os echa de ver que sois nuevo.»

Yo con esto me comencé a afligir, y más me asusté cuando advertí que todos los que de antes vivían en el pupilaje estaban como leznas, con unas caras que parecían se afeitaban con diaquilón. Sentóse el licenciado Cabra y echó la bendición; comieron una comida eterna, sin principio ni fin; trajeron caldo en unas escudillas de madera, tan claro, que en comer una dellas peligraba Narciso más que en la fuente. Noté con la ansia que los macilentes dedos se echaban a nado tras un garbanzo huérfano y solo que estaba en el suelo. Decía Cabra a cada sorbo: «Ciento que no hay tal cosa como la olla, digan lo que dijeren; todo lo demás es vicio y gula.» Aca-bando de decillo, echóse su escudilla a pechos (17) diciendo: «Todo esto es salud y otro tanto ingenio.» ¡Mal ingenio te acabe!, decía yo entre mí, cuando vi un mozo, medio espíritu y tan flaco, con un plato de carne en las manos, que parecía la había quitado de sí mismo. Venía un nabo aventurero a vueltas, y dijo el maestro: «Nabos hay? No hay para mí perdiz que se le iguale: coman, que me huelgo de vellos comer.» Repartió a cada uno tan poco carnero, que en lo que se les pegó a las uñas y se les quedó entre los dientes pienso que se consumió todo, dejando descomulgadas las tripas de participantes. Cabra los miraba y decía: «Coman, que mozos son, y me huelgo de ver sus buenas ganas.» Mire vuesa merced qué buen aliño para los que bostezaban de hambre.

Acabaron de comer, y quedaron unos mendrugsos en la mesa, y en el plato unos pellejos y unos huesos; y dijo el pupilero: «Quede esto para los criados, que también han de comer; no lo queramos todo.» ¡Mal te haga Dios y lo que has comido, lacerado, decía yo; que tal amenaza has hecho a mis tripas! Echó la bendición y dijo: «Ea, demos lugar a los criados, y váyanse hasta las dos a hacer ejercicio, no les haga mal lo que han comido.» Entonces yo no pude tener la risa, abriendo toda la boca. Enojóse mucho y dijome que aprendiese modestia, y tres o cuatro sentencias viejas, y fuese. Sentámonos nosotros; y yo, que vi el negocio mal parado, y que mis tripas pedían justicia, como más cano y más fuerte que los otros arremetí al plato, como arremetieron todos, y emboquéme de tres mendrugsos los dos y el un (18) pellejo. Comenzaron los otros a gruñir; al ruido entró Cabra diciendo: «Coman como hermanos, pues Dios les da con qué; no riñan, que para todos hay.» Volvióse al sol y dejónos solos. Certifico a vuesa merced que había uno dellos que se llamaba Surre, vizcaíno, tan olvidado ya de cómo y por dónde se comía, que una cortecilla que le cupo la llevó dos veces a los ojos, y entre tres no la acertaba a encaminar de las manos a la boca.

NOTAS

(1) Bullir en el sentido de 'moverse', tiene uso reflexivo. Santa Teresa dice: «no osa bullirse ni menearse».

(2) Usado en el sentido anticuado de aderezar o guisar las viandas.

(3) Don Enrique de Villena fue nieto de don Alonso, marqués de Villena, primer condestable de Castilla, y después duque de Gandía, hijo del infante don Pedro de Aragón. La madre de don Enrique fue doña Juana, hija bastarda del rey don Enrique II: «Este don Enrique fue inclinado a las ciencias y artes más que a la caballería...; déjose correr a algunas viles o ruines artes de adivinar e interpretar sueños y estornudos y señales, y otras cosas tales que ni a príncipe real y menos a católico cristiano convenían.» Murió en Madrid, de cincuenta años, a 15 de diciembre de 1434. Depositaron su cuerpo en el convento de San Francisco. (FERNAN PEREZ DE GUZMAN, *Generaciones y semblanzas*, cap. XXVIII.) El vulgo supuso que don Enrique, por arte de nigromancia, se había hecho picar en jijote y encerrar en una redoma para volver a segunda vida.

(4) Alude a la errada denominación de marqués de Villena que vulgarmente se aplica a don Enrique. Un manuscrito de este Sueño tiene esta variante: «Sabe, dijo, que no fui marqués de Villena, que ese título me da la inocencia: llamáronme don Enrique de Villena, fui infante de Castilla, estudié y escribí», etc.

(5) Quevedo usa mucho la voz gato en su acepción de 'ladron, ratero'.

(6) Aclara este pasaje la variante que ofrece un manuscrito: «sólo el dinero que va a Francia sana de esos lamparones, porque el rey de Francia no admite genoveses». A los reyes de Francia les atribuía el pueblo la milagrosa virtud de curar los lamparones o escrófulas.

(7) Esto es: «¿había de salir yo?» Los verbos haber y tener alternan en su uso de auxiliares, pero aquí es de notar la ausencia de la preposición de.

(8) Anticuado, por empréstito.

(9) Parece que toma la barba como característica de los letrados: en esto debe fundarse el refrán: callen barbas y hablen cartas. De la gorra, dice Covarrubias: «Llamaron medias gorras aquellas cuya faldilla caía derecha la mitad y cubría el pestorejo, y las orejas, y con una toquilla que formaba una rosa en medio de la coronilla, y ésta era cobertura de letrados y consejeros de los reyes. Esto está ya mudado, porque empezaron a levantar un pedazo de la copa de la gorra..., luego la empinaron toda, de suerte que della al sombrero hay poca diferencia.»

(10) En el sentido anticuado de 'juez'.

(11) Alude a la fundación de Venecia.

(12) Tener mano con uno, tener poder y valimiento con él.

(13) Agrajes, sobrino de la reina Elisena, madre de Gaula; hijo del rey Languines, es uno de los héroes del famoso libro de *Ama-dís*, cuya lectura, muy común entre próceres e hidalgos en los siglos XV y XVI, llevó al público el adagio en fórmula de amenaza que se ridiculiza en este lugar.

(14) Covarrubias dice: «son temidos los bermejos por cautelosos y astutos, como lo insinúa Marcial... y bermejía vale tanto como agudeza maliciosa extraordinaria y perjudicial.»

(15) Los lazarios, que padecían la lepra llamada mal de San Lázaro, pedían limosna, haciendo ruido con unas tablillas o tejuelas.

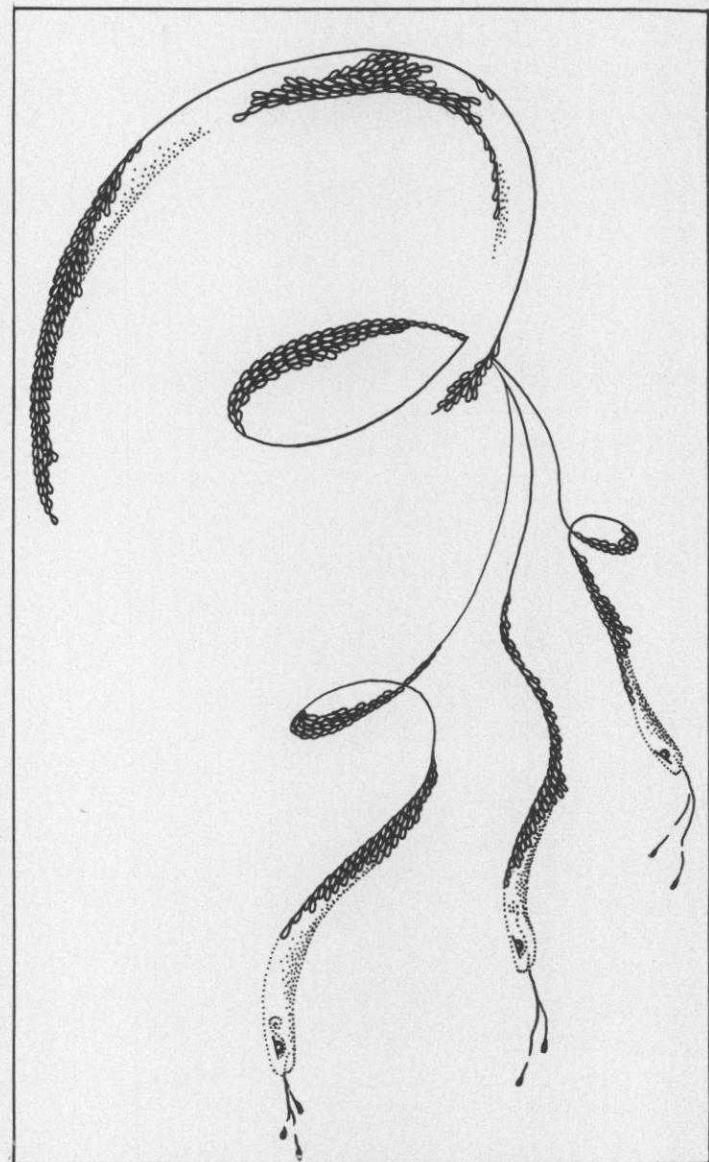
(16) «Lacayo, el mozo de espuelas que va delante del señor cuando va a caballo. Es vocablo alemán introducido en España por la venida del rey Filipo, que antes no se había usado.» (Covarrubias.)

(17) «Echarse un cántaro de agua a pechos, beber con mucha sed.» (Covarrubias.)

(18) En estas fórmulas partitivas se suprime hoy el artículo ante el numeral.

De *Antología de prosistas españoles*. Ramón Menéndez Pidal. Espasa Calpe, S. A. Madrid, 1964.

SINO SANGRIENTO



De sangre en sangre vengo,
como el mar de ola en ola;
de color de amapola el alma tengo,
de amapola sin suerte es mi destino,
y llego de amapola en amapola
a dar en la cornada de mi sino.

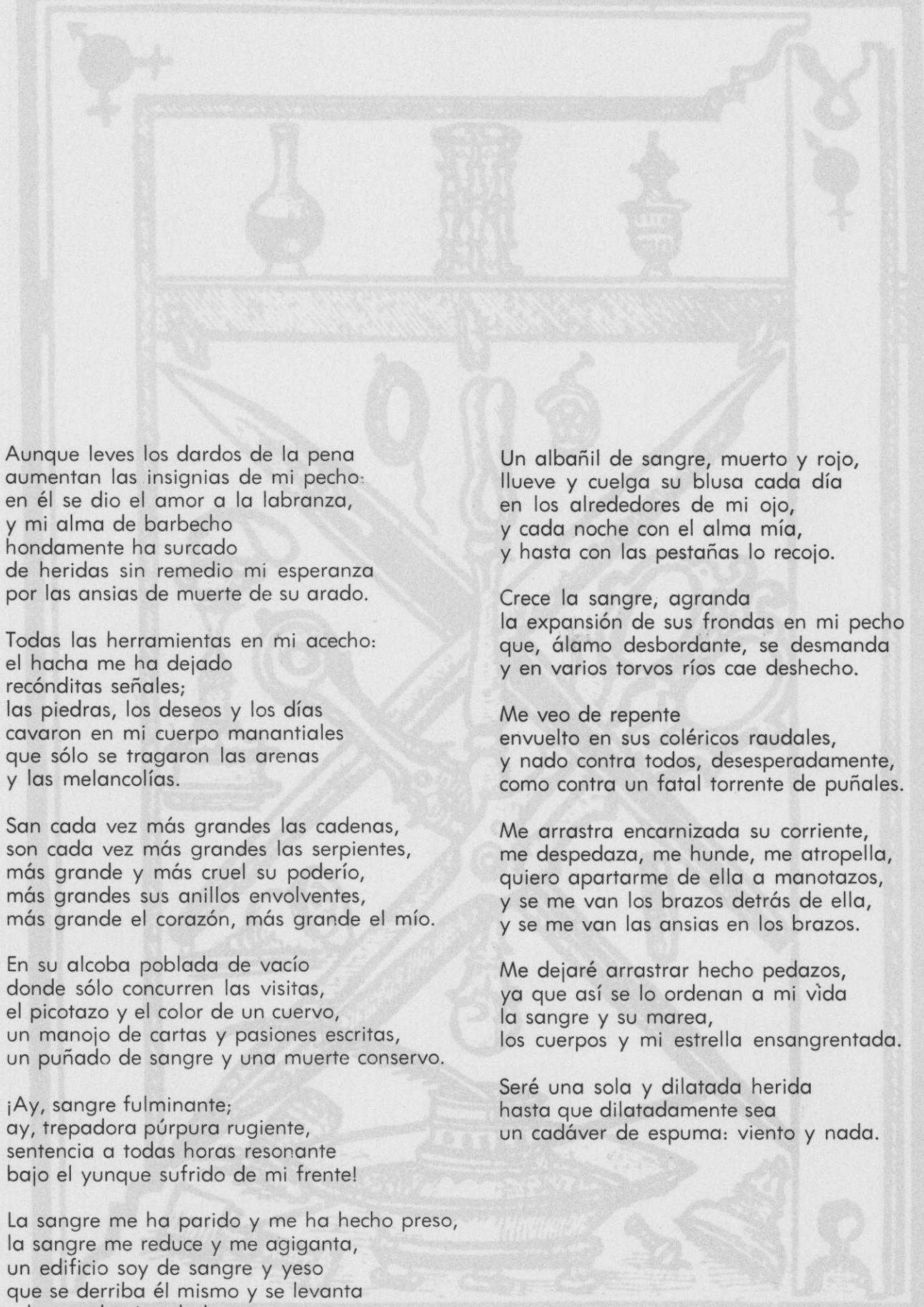
Criatura hubo que vino
desde la sementera de la nada,
y vino más de una
bajo el designio de una estrella airada
en una turbulenta y mala luna.

Cayó una pincelada
de ensangrentado pie sobre mi herida,
cayó un planeta de azafrán en celo,
cayó una nube roja enfurecida,
cayó un mar malherido, cayó un cielo.

Vine con un dolor de cuchillada,
me esperaba un cuchillo en mi venida,
me dieron a mamar leche de tuera,
zumo de espada loca y homicida,
y al sol el ojo abrí por vez primera
y lo que vi primero era una herida
y una desgracia era.

Me persigue la sangre ávida y fiera,
desde que fui fundado,
y aun antes de que fuera
proferido, empujado
por mi madre a esta tierra codiciosa
que de los pies me tira y del costado,
y cada vez más fuerte, hacia la fosa.

LUCHO CONTRA LA SANGRE, ME DEBATO
CONTRA TANTO ZARPAZO Y TANTA VENA,
Y CADA CUERPO QUE TROPIEZO Y TRATO
ES OTRO BORBOTÓN DE SANGRE, OTRA CADENA.



Aunque leves los dardos de la pena
aumentan las insignias de mi pecho:
en él se dio el amor a la labranza,
y mi alma de barbecho
hondamente ha surcado
de heridas sin remedio mi esperanza
por las ansias de muerte de su arado.

Todas las herramientas en mi acecho:
el hacha me ha dejado
recónditas señales;
las piedras, los deseos y los días
cavaron en mi cuerpo manantiales
que sólo se tragaron las arenas
y las melancolías.

San cada vez más grandes las cadenas,
son cada vez más grandes las serpientes,
más grande y más cruel su poderío,
más grandes sus anillos envolventes,
más grande el corazón, más grande el mío.

En su alcoba poblada de vacío
donde sólo concurren las visitas,
el picotazo y el color de un cuervo,
un manojo de cartas y pasiones escritas,
un puñado de sangre y una muerte conservo.

¡Ay, sangre fulminante;
ay, trepadora púrpura rugiente,
sentencia a todas horas resonante
bajo el yunque sufrido de mi frente!

La sangre me ha parido y me ha hecho preso,
la sangre me reduce y me agiganta,
un edificio soy de sangre y yeso
que se derriba él mismo y se levanta
sobre andamios de huesos.

Un albañil de sangre, muerto y rojo,
llueve y cuelga su blusa cada día
en los alrededores de mi ojo,
y cada noche con el alma mía,
y hasta con las pestañas lo recojo.

Crece la sangre, agranda
la expansión de sus frondas en mi pecho
que, álamo desbordante, se desmanda
y en varios torvos ríos cae deshecho.

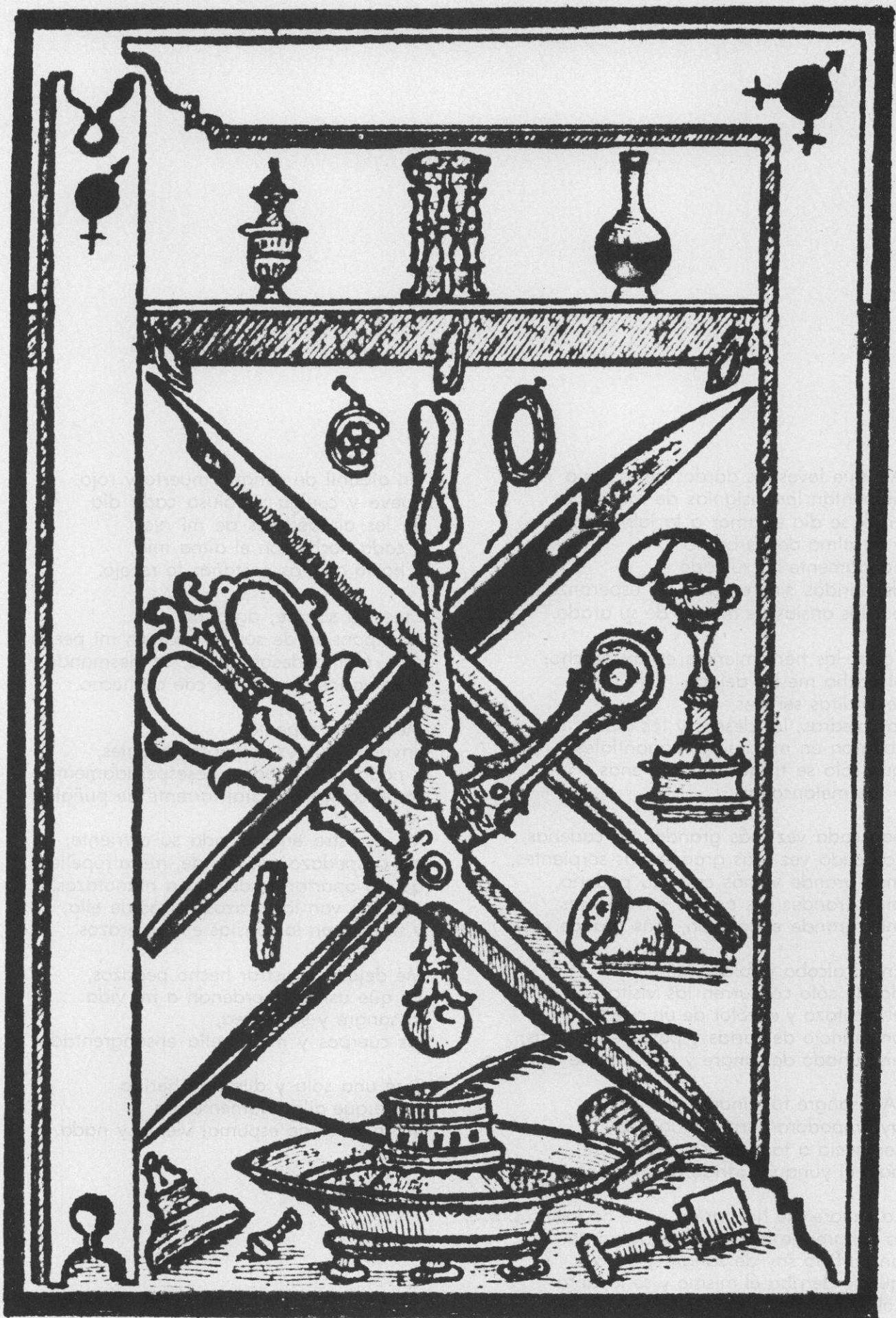
Me veo de repente
envuelto en sus coléricos raudales,
y nado contra todos, desesperadamente,
como contra un fatal torrente de puñales.

Me arrastra encarnizada su corriente,
me despedaza, me hunde, me atropella,
quiero apartarme de ella a manotazos,
y se me van los brazos detrás de ella,
y se me van las ansias en los brazos.

Me dejaré arrastrar hecho pedazos,
ya que así se lo ordenan a mi vida
la sangre y su marea,
los cuerpos y mi estrella ensangrentada.

Seré una sola y dilatada herida
hasta que dilatadamente sea
un cadáver de espuma: viento y nada.

Miguel Hernández



FELIX GRANDE

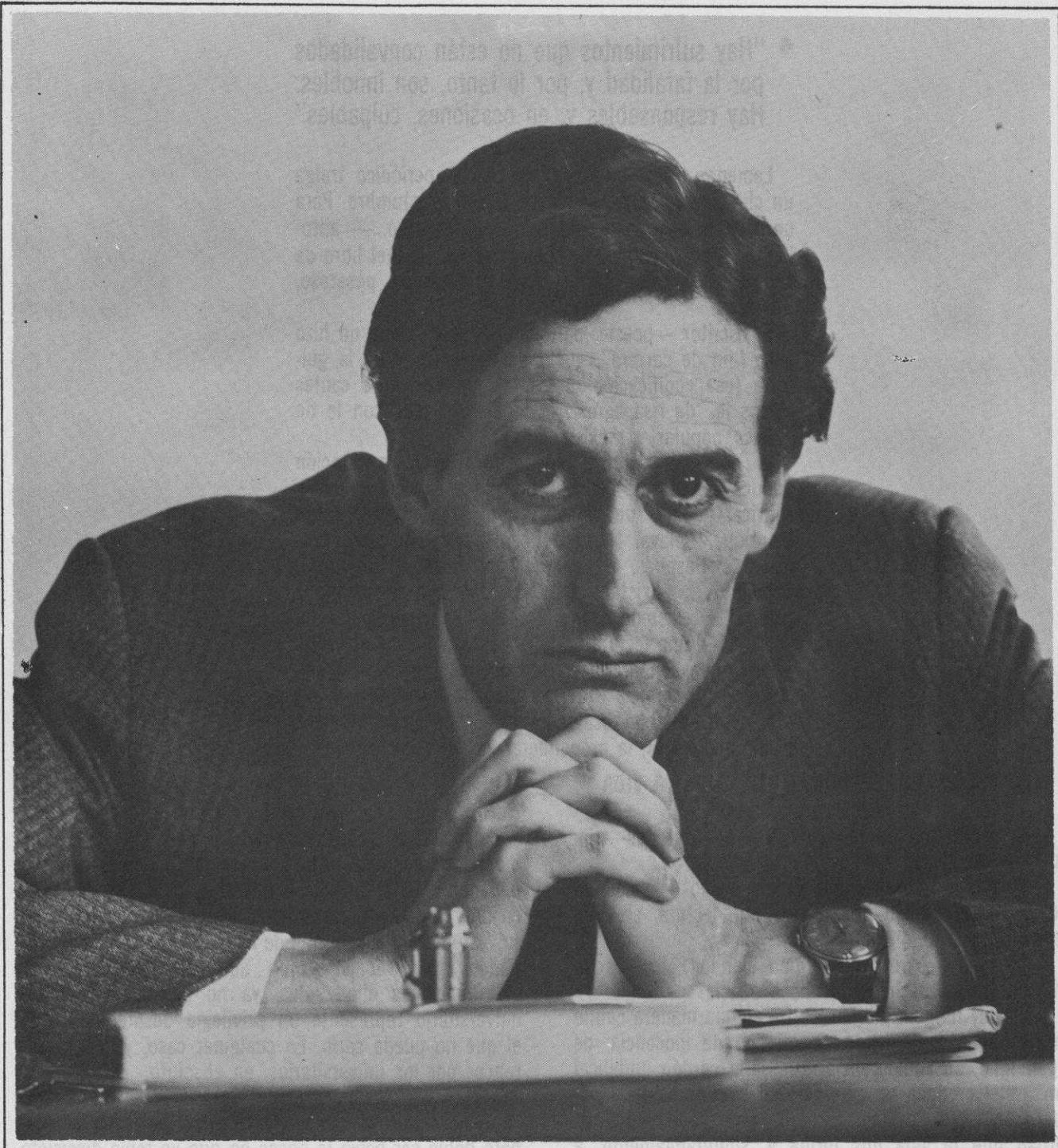


Foto Malet

Jesús Hernández

FELIX GRANDE: POESIA ENTRE LA DENUNCIA Y LA CELEBRACION

- "Yo no creo que el escritor español esté desideologizado"
- "Hay sufrimientos que no están convalidados por la fatalidad y, por lo tanto, son innobles: Hay responsables y, en ocasiones, culpables"

Lamento, Félix, que también hoy el periódico traiga un charco de sangre, lo mismo que de costumbre. Para un lechero —y pastor de cabras, y vaquero...— antologizado, por ejemplo, en "Poesía social" (aquel libro de Leopoldo de Luis), ha de resultar pesaroso, pesaroso, pesaroso...

El escritor —poesía, narración, ensayo— que no hizo viaje "fin de carrera", gusta del flamenco y de la guitarra (esa codificación de cantes grandes y de cantes chicos le "da risa agresiva", igual le sucede con lo de música popular y música culta).

El poeta emeritense-tomellosino (de la generación poética del sesenta) escribe una lírica sarcástica, épica, satírica. Además de Vallejo, en el área tiene a Jorge Manrique, Celaya, Neruda, Dostoevsky, Machado, Cortázar... Después, su aprecio por Rosales, Quiñones, Cabañero... ¿Existencialista? Le dije que sí con matiz galo: "El existencialismo francés ha sido para mí —afirmó— una lectura enriquecedora, y no me atrevería a decir que constitutiva". Una poética, por ende y fin, donde hay denuncia (que no priva de ternura) y dolor, un repetir (sistemáticamente) en cada poemario una palabra-concepto, la preponderancia del verso libre.

LAS PREGUNTAS ESENCIALES DE TODA LA VIDA

—Es inevitable. Se le achacan —sobre todas— influencias de César Vallejo.

—Y yo creo que es complemento cierto y lo seguirá siendo. César Vallejo no ha sido una lectura, sino un deslumbramiento.

—No quería herirlo. ¿Continúa siendo Félix Grande un pastor o un lechero que hace poesía?

—No hay ninguna herida... De alguna manera confío en continuar conteniendo un mínimo de inocencia, de ingenuidad, de adolescencia, que sería cordón umbilical con aquella época en que fui todas esas cosas —vaquero, cabrero, pastor, lechero, etcétera—. Pero es verdad que la vida nos forma y, simultáneamente, a veces nos deforma. Entonces, en esta medida, creo que ya fui dejando de ser aquella inocencia, aquella ingenuidad y aquella adolescencia.

—¿Ya no siente rencor hacia los universitarios?

—No. Cuando sentía rencor era hacia los veinte, veintidós, veinticuatro años, en que creía que el estudio sistemático daba unas posibilidades de investigación emocional y cultural superiores a las que pudiera dar

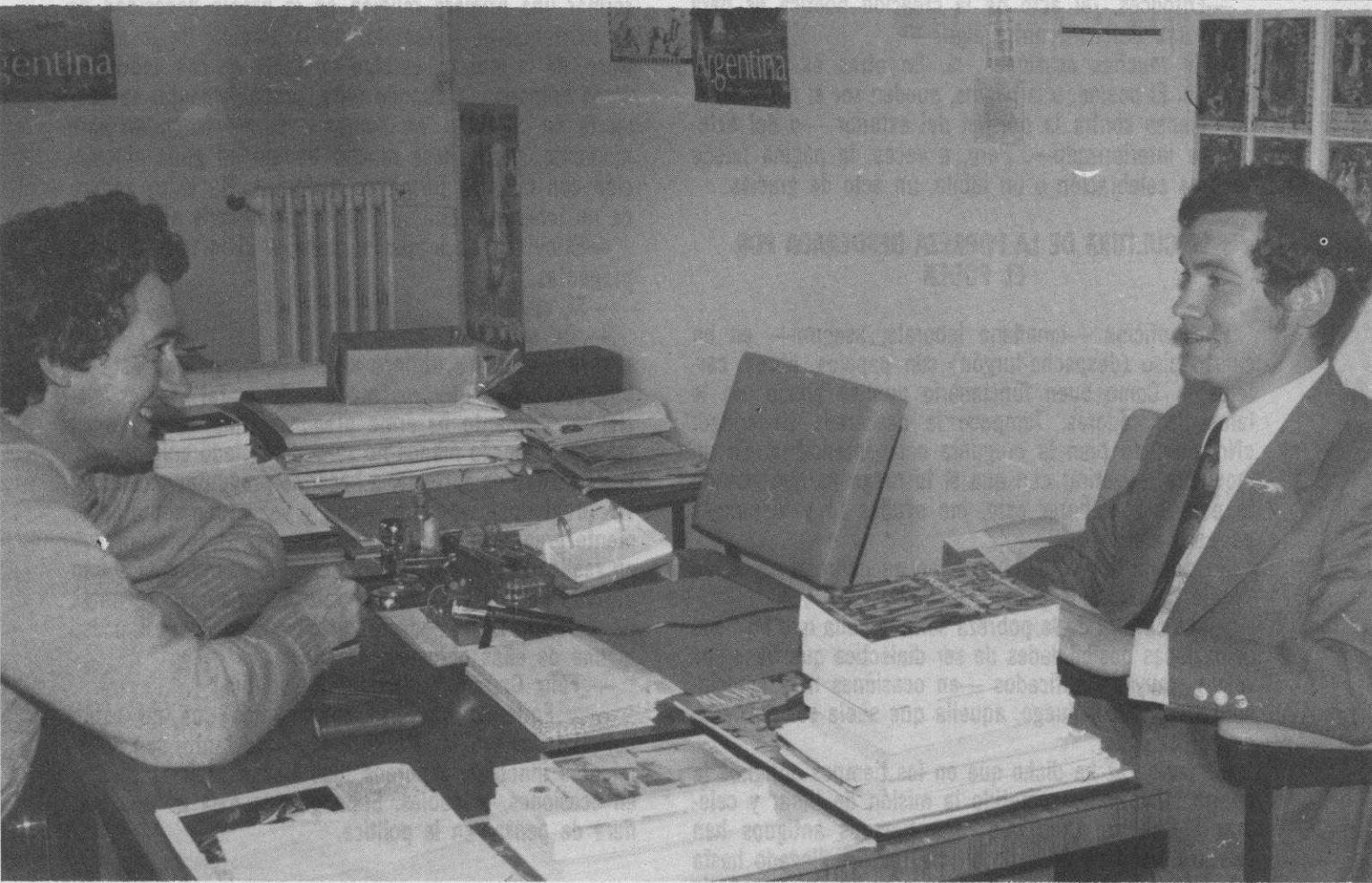
el trabajo en solitario. Es posible que sea así. Pero lo cierto es que a la vista de la cantidad de horas inútiles —de estudios probablemente inútiles, de clases en muchos momentos inútiles— que los universitarios tienen que aceptar o incluso tolerar, y a la vista de que, en definitiva, los universitarios mismos cuando terminan sus estudios se encuentran de nuevo con lo autodidáctico: tienen que trabajar como autodidactos, hacer sus investigaciones ellos solos, ya no pienso que el ser universitario represente un privilegio desmedido sobre el que no pueda serlo. En cualquier caso, ya no siento rencor por los universitarios, en absoluto.

—¿Cuándo conoció a Eladio Cabañero?

—Ahora mismo no puedo recordar la fecha exacta, pero debió ser hacia la época en que yo tenía diecisiete años —hace unos dieciocho— en el cincuenta y cinco o algo así. Lo conocí en Tomelloso, en una librería; él, entonces, era albañil; yo, vaquero. Y no éramos más infelices que ahora ninguno de los dos.

—F. G. es poeta que dicen y se dice agnóstico.

—Yo pasé a esto que se suele llamar agnosticismo de una manera a la vez paulatina y clandestina. Fui dejando de tener las emociones religiosas de mi infancia



aproximadamente completo, no es únicamente ese artista que ya, de un modo u otro, es marginado por las estructuras del poder, sino aquel que además, ha reivindicado su marginación; aquel que toma esa naturaleza de marginación, ese hecho cultural de ser (de algún modo) portador de contracultura, no con desolación, sino hasta con orgullo. Pienso que no hay sociedad ni estructura de poder que no margine a muchos seres humanos muchos de los cuales fatalmente se convierten en artistas. Estos marginados lo que debemos hacer es reivindicar esa marginación y asumir que el combate es rigurosamente duradero... Un escritor que se sienta en su mesa, mira alrededor y dice: qué horrible país, y qué triste estoy y qué inútil es hacer nada, me parece que no es un escritor. Un escritor sabe, por de pronto que sus adversarios verdaderos desde hace muchos siglos son, ¿cómo te diría?: la gente que tiene certidumbre de cómo debe ser la vida; en la medida en que él no tiene esa certidumbre es un adversario constante. Yo creo que debe sentir la marginación y el combate con orgullo, con alegría. Me parece que es muy cómodo el decir: como yo soy un escritor, me marginan. Asume esta marginación, éste es tu destino, asúmelo, combate y vive como

puedas; recuerda, además, que esto viene siendo así desde hace mucho tiempo y yo no creo que sea muy fácil que cambie demasiado. Si alguna vez la sociedad fuese feliz —pudiese prescindir del miedo, de la injusticia, del dolor, etcétera—, la literatura, pura y sencillamente, no sería necesaria. Ojalá llegase a eso; pero, por ahora, no llega.

—Félix: ¿el escritor español de post-guerra y su ideologización?

—Creo que, en su mayor parte, los escritores españoles de postguerra, por ejemplo, han estado, vienen estando —quizás venimos estando— socorridos, en ocasiones incluso obstaculizados, por sucesivas lecturas a las que debemos llamar ideológicas. Yo no creo que el escritor español, de ninguna manera, esté desideologizado. Al contrario, pienso que en los países subdesarrollados y semi-desarrollados, como ha sido el caso de nuestro país en estos últimos años, la literatura tiende a ser más ideológica, más social, que en otros países con conflictos históricos menos visibles.

—¿Y el desgarramiento en la poesía?

—Yo creo que se puede hacer poesía exquisita, encantadora, super-inteligente, sin emociones y sin des-

garramientos. Pero creo que sólo se puede hacer poesía duradera, nutricia, auténticamente creadora, con desgarramiento o con el sentido de lo desgarrado, con el don.

—Entonces, ¿el acto de la creación poética es para usted una defensa contra algo?

—En muchas ocasiones, sí. En otras es una celebración. El poema, o la página, pueden ser el mecanismo de defensa contra la presión del exterior —o del exterior ya interiorizado—. Pero, a veces, la página puede ser una celebración o un júbilo, un acto de gracias.

LA CULTURA DE LA POBREZA DESDEÑADA POR EL PODER

Hace oficina —«mañana laboral», asegura— en un cuarto piso (despacho-furgón) con papeles, libros, carteles... Como buen funcionario que se precie, no le faltan las coderas. Tampoco la descarada sinceridad: «No entiendo bien la pregunta o su intención». En un momento, sugerirá: «Lo que sí te ruego es que cuando te pongas a elaborar esto, me ayudes tú y lo pongas un poco claro».

Su poesía, en verdad, no cabe encuadrarla en la de «venta de consejos para el lector».

—«La cultura de la pobreza sería aquella que no tiene demasiadas posibilidades de ser dialéctica que tiene sus valores muy estratificados —en ocasiones muy emocionante— y, desde luego, aquella que suele ser desdeñada por el poder.

«Octavio Paz ha dicho que en los tiempos antiguos la poesía tenía como cometido la misión de llorar y celebrar al mundo. Creo que esos tiempos antiguos han venido abdicando de siglo en siglo y han llegado hasta hoy. Uno de los cometidos emocionantes que puede cumplir la poesía es llorar y celebrar a la vida. Lamentarse, con mayor o menor agresividad —eso ya dependerá del temperamento de cada poeta y de su inserción en la totalidad de una cultura—, de las hostilidades, de las violencias de la realidad. Y celebrar —así como los antiguos celebraban la salida del sol y el nacimiento de la vida— el júbilo del ser.

«Decía don Antonio Machado: «El ojo que ves, no es ojo porque tú lo miras, es ojo porque te ve». Creo que incluso uno mismo no es sólo uno mismo. También don Antonio Machado decía que el «yo» de alguna manera, es «nosotros». Y hablaba de la esencial heterogeneidad del ser. Digo esto porque reflexiono en este momento que cuando escribo no suelo estar pendiente de posibles seres, de posibles rostros de lectores; aunque, en ocasiones pienso en algunos amigos a quienes tal vez les lea lo que acabo de escribir —y me gusta pensar en que sin darme cuenta, desde luego sin proponérmelo —¿para qué?—, y me encontré un día, muchos años después —los veinte, veintidós, veinticuatro—, con que mi relación con la divinidad, o con el absoluto, había cesado, se había apagado —no sé si para siempre, esto no puedo saberlo—. Ni me alegra ni me molesta que haya ocurrido eso. Pero yo creo que el temblor religioso

—que, por supuesto, es anterior al cristianismo y hasta diría que anterior a la formación de la primera de las religiones; y, precisamente, por ser anterior, se debió formar una primera religión en la propia necesidad de su existencia—, el temblor de lo mágico, de lo misterioso, de la muerte, es algo existente en casi todos los seres humanos. Y cuando falta, probablemente, se convierte en conflicto, en neurosis. Yo no tengo en este momento, desde hace mucho tiempo, ninguna vinculación con ninguna forma de divinidad. No estoy seguro de no tenerla alguna vez, de no necesitarla alguna vez.

—Estoy por decir que se hace, a sí mismo, muchas preguntas.

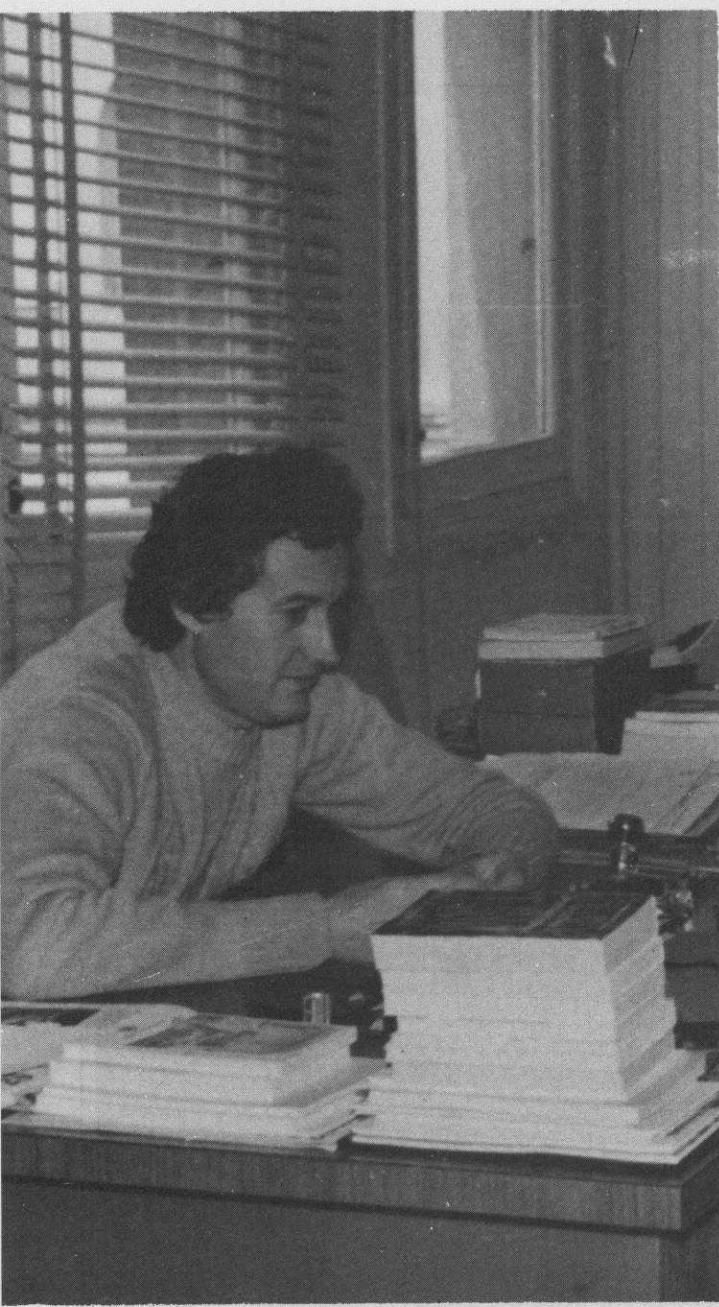
—Sí, claro.

—¿De qué tipo?

—Ahora, en los últimos años —supongo que ésta es una prueba de que voy madurando o, tal vez, envejeciendo—, intento hacerme preguntas que, si no tienen respuesta, por lo menos no sean demasiado enigmáticas. Voy tratando de aprender a hacerme preguntas modestas. Las preguntas esenciales —que, a veces, son simultáneamente grandilocuentes y, en ocasiones, desgarradoras— en realidad no hay que hacérselas, lo acompañan a uno durante toda la vida. Ahora trato de hacerme preguntas de carácter más modesto, más módico. Por si acaso alguna de ellas obtuviese respuesta.

—¿Félix Grande “entiende” de política?

—... Entiendo que hay sufrimientos que no están convalidados por la fatalidad, y, por lo tanto, son sufrimientos innobles, espúreos, que tienen responsables y, en ocasiones, culpables. Supongo que ésta es una manera de pensar en la política.



EL ESCRITOR DEBE REIVINDICARSE DE TODA MARGINACION

Conversador titubeante, entrecortado y dubitativo —alguien escribiría "dubitabundo"—. Se muestra, asimismo, "a la defensiva" —eso que se entiende por tal—. Acaso por aquello de que, como ha escrito, tiene canas de la vida. Poseedor del habanero "Casa de las Américas" (y Adonais, Guipúzcoa, Gabriel Miro, Eugenio D'Ors). Tristóide, escéptico. Me ha referido: "Conviene tener la menor cantidad posible de sentimientos de culpa".

—Yo pienso que un escritor —y aquí, quizá, debería dejar de usar la palabra escritor y emplear la palabra artista— es, por definición, un ser marginado, un ser que dice no a todo aquello que considera que debe decir no con su obra y con su conducta (generalmente) y con mayor o menor fuerza —depende de su talento

y de su coraje, de su sistema nervioso y de su cultura, etcétera—. Entonces, yo creo que un escritor o un artista, voy a hacerlo. Sin embargo, tampoco puedo decir que escribo para mí... La verdad es que yo no sé por qué se escribe, y creo que tampoco hay que darle demasiada importancia a la averiguación.

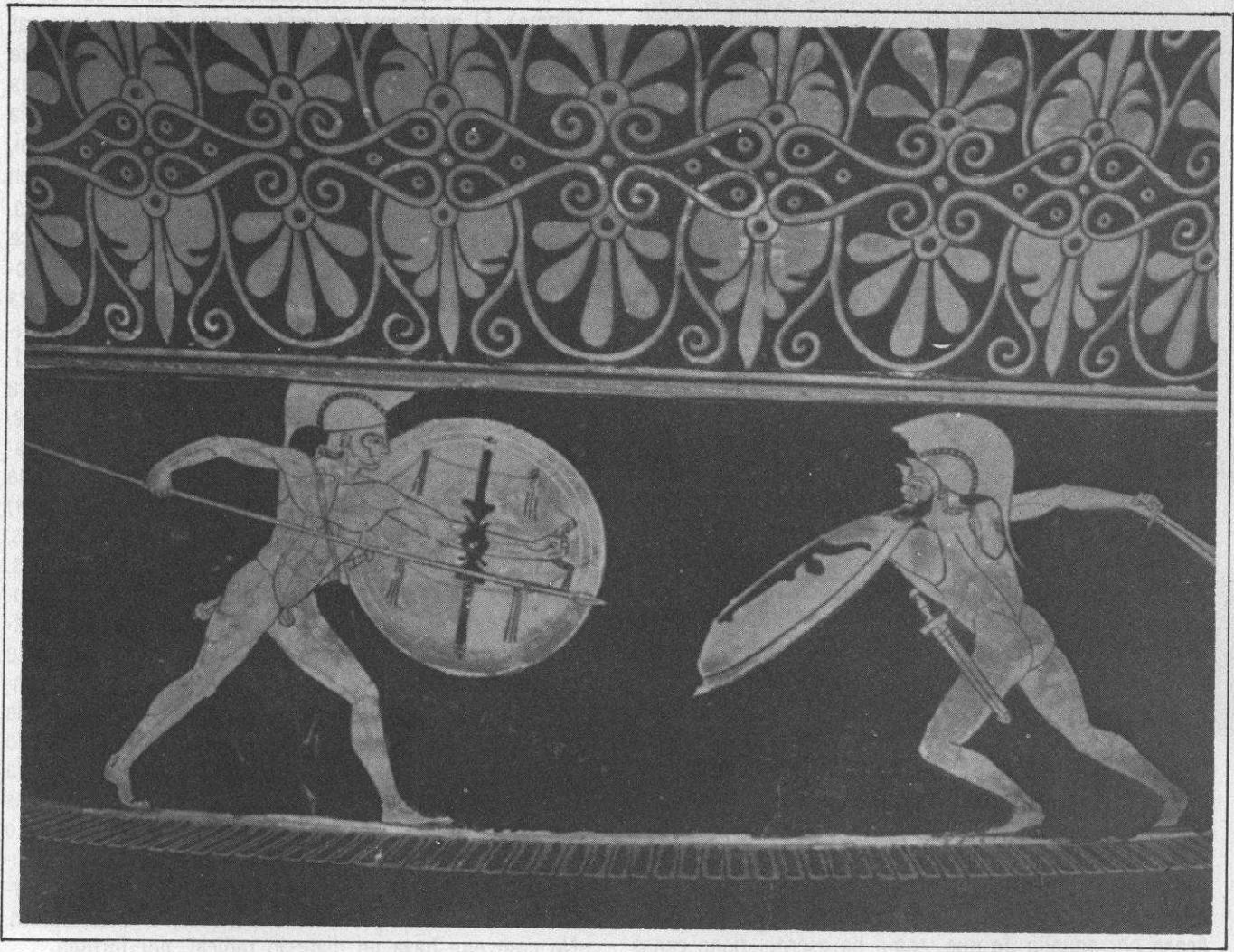
«Yo no estoy absolutamente convencido de que en el poeta, ni en ningún otro ser humano, haya ninguna, ¿cómo diría yo?, fatal obligación de pasarse la vida entera testificando lo que ve a su alrededor. Para mí un poeta es, por de pronto alguien que está vinculado, simultáneamente, al dolor —no únicamente al personal sino al multitudinario y colectivo—, a los sufrimientos sociales y al lenguaje (a ese milagro emocionante que es el habla, a ese acontecimiento enigmático que es el idioma). El poeta que se limita o auto-limita a expresar algunos de los desgarramientos sociales, yo diría que con eso exclusivamente no cumple. Cumple si se llama Pablo Neruda y, al mismo tiempo, es creador de uno de los lenguajes más ricos de este siglo. Pero si no es así, o aproximadamente, la verdad es que sin un buen esqueleto verbal no hay organismo que camine mucho.

«En esta época, sobre todo —en que la mentira se está convirtiendo en el esqueleto de la llamémosle filosofía, incluso de nuestra actual antropología, y empieza a ser una especie de disolvente, de ácido que se derrama por todos los acontecimientos históricos—, el advertir que existe una cosa antiquísima, bastante patética en la medida en que comienza a ser demasiado humilde, que se llama verdad —algo a lo que se está amenazando con tanta violencia y con tanto éxito—, es una tarea bastante estimable (por otra parte, tal vez ilusa) recordar la necesidad de ser un poco más verdaderos.

«Yo creo que, en su mayor parte, los intelectuales, españoles estamos viviendo un tiempo en que la preocupación por la justicia, por la dignidad, lleva inevitablemente a asomarse —de verdad, de corazón, no como una forma de estar al día— a los sufrimientos y conflictos populares. Y, a la vez, aunque en menor medida de lo deseable, como es lógico, lo que estamos llamando pueblo —las clases más injustamente tratadas por la Historia—, según van adquiriendo noción de sus propios derechos, se hallan más cerca de esos intelectuales. Lo deseable sería que la simbiosis se diera a mayor cantidad y temperatura, pero yo no creo que haya un divorcio entre clases injustamente tratadas, e intelectuales. No creo que haya un divorcio radical, por fortuna.

«Una cosa que se está haciendo muy necesaria es la alegría, el júbilo, el sentido lúdico de la vida. Con la alegría, el júbilo y el sentido lúdico de la vida se puede trabajar mucho mejor y más a favor de los semejantes que con el sentimiento de culpa y la necesidad de auto-justificación.

«No creo que sea necesario estar sufriendo para escribir. Y hasta diría que cuando se está sufriendo lo mejor que se puede hacer es apretar los dientes, pasar el túnel, esperar a tener y aprovechar otra vez la luz verde.»



LA CENTRALIZACION ROMANA Y SU INFLUENCIA

Rudolf Rocker

Rasgos despiadados se encuentran en el derecho familiar romano. El jefe de familia tenía sobre sus miembros el derecho de vida y muerte. Podía abandonar a sus hijos después del nacimiento o venderlos como esclavos; le estaba también permitido condenar a muerte a sus allegados inmediatos. Por el contrario, el hijo no podía levantar queja alguna contra su padre, puesto que era considerado meramente como siervo de éste. Tan sólo la fundación de un hogar propio, que por otra parte no se podía constituir sin permiso del padre, podía poner fin a esta dependencia. Muy justamente hace observar Hegel, que fue, por cierto, defensor incondicional del principio de autoridad:

"Al rigor que sufria del Estado, el romano respondia en igual forma sobre los individuos de su propia familia. Siervo en un lado, déspota en el otro. Esto constituyó la grandeza romana, cuyas características eran la pétrea dureza en la unidad de los individuos con el Estado, con las leyes estatales, con las órdenes del Estado¹."

El conjunto del derecho penal de los romanos era de refinada crueldad y de una brutalidad tremenda. Podría objetarse que la crueldad de los castigos en aquellos tiempos era general; pero lo que dio su nota especial al derecho penal romano fue la circunstancia de que cada designio estaba supeditado a la razón de Estado, y los aspectos humanos eran menoscipados sin sentimiento alguno. Así los hijos podían ser castigados severamente por los errores de los padres, lo que hace observar tranquilamente al sabio Cicerón:

"La dureza del castigo de los hijos por crímenes que cometieron sus padres me apena mucho; pero, sin embargo, esto es un designio sabio de nuestras leyes, que atan con él a los padres, sometiéndolos al interés del Estado mediante cadenas fortísimas: el amor que tienen a sus hijos."

Estas disposiciones y otras se atenuaron con el tiempo, pero su esencia permanece invariable. En semejante sistema legal es fácil adivinar lo que se estableció respecto de los esclavos. El esclavo era considerado como un ente por completo desprovisto de derechos, casi como si no fuera humano, y en el mejor de los

casos como ente que había sido hombre. La menor desobediencia, la más pequeña insubordinación o, también, cosas de las que él no era responsable, se castigaban de la manera más brutal. Los dueños tenían ilimitadas facultades para castigar a tales desgraciados arrancándoles la lengua, cortándoles ambas manos, sacándoles los ojos, vertiéndoles plomo derretido por la garganta y, después de indecibles martirios, hacerlos sacrificar o darlos como alimento a las fieras.

Los admiradores de la idea estatal romana se esfuerzan en vano por encubrir esta falta de sentimientos culturales entre los romanos, que ellos mismos deben también reconocer, y no pueden encontrar palabras bastante laudatorias sobre el "espíritu de la legislación romana", que admirán como una obra de arte. Pero también contra esto se puede objetar mucho. No es pequeña objeción la de Theodor Mommsen, que en su historia de Roma emite sobre el derecho romano el siguiente juicio:

"Se procura alabar a los romanos como un pueblo privilegiado en jurisprudencia y admirar con pasmados ojos su excelente derecho como un don del cielo, verosímilmente para ahorrarse la vergüenza de considerar la vileza del derecho propio. Una ojeada sobre ese derecho criminal romano, vago y sin desarrollar, podría convencer de la poca solidez de estas obscuras proposiciones aun a aquellos cuya tesis podría resumirse, sencillamente, diciendo que un pueblo sano tiene un derecho sano; un pueblo enfermo, un derecho enfermo."

Sólo semejante Estado podía llegar a un sistema militar tan completamente desarrollado. El militarismo y la malicia no son lo mismo, aunque para el militarismo la primera condición es la existencia de un ejército permanente. El militarismo se debe juzgar ante todo como una disposición psíquica. Es la renuncia al propio pensamiento y la propia voluntad, la transformación de hombres en autómatas, articulados y movidos desde fuera para que cumplan a ciegas todas las órdenes, sin conciencia alguna de responsabilidad personal. En una palabra: el militarismo es la forma peor y más recusabile del espíritu servil elevado a virtud nacional, que desprecia todas las leyes de la razón y que está desprovisto de toda dignidad humana. Ahora bien: un Estado

¹ Hegel, Philosophie der Geschichte.

como el romano, en el cual el hombre se sentía parte de una máquina y en el que la fuerza bruta se había elevado a la categoría de principio supremo de la política, pudo producir tan cruel dislocación del espíritu humano y echar con ella los cimientos de un ignominioso sistema que ha pesado siempre sobre los pueblos y que hasta hoy ha sido el enemigo mortal de todo desarrollo cultural elevado. El militarismo y el derecho romano son los resultados inevitables de esa concepción que se ha llamado "idea de Roma" y que hoy de nuevo y más fuerte que nunca convuelve y confunde a los espíritus. Ninguna revolución fue capaz hasta hoy de encadenar la "idea de Roma" y de cortar el cordón umbilical que nos une aún con aquellas épocas pasadas. Entre los griegos, las organizaciones de sus comunidades fueron un medio para su finalidad. En Roma, empero, el Estado era su propia finalidad; el hombre existía solamente a causa de sus instituciones, de las que era esclavo y siervo.

Acerca de la decadencia del Imperio romano se ha escrito mucho y se han aducido todas las explicaciones imaginables. Las causas de esta decadencia las ven unos en la "cultura superrefinada" y otros en la completa relajación de las costumbres. Modernamente se habla mucho de una "desintegración del espíritu racial" —o lo que tal palabra huera pueda significar— y se pretende presentar la decadencia de Roma como una "catastrofe racial", en lo que de intento se olvida el hecho de que Roma había llegado antes a un denominado "caos racial" que en nada impidió a los romanos representar, hasta lo último, su papel histórico mundial. Y sin embargo, en la ruina del Imperio romano hay causas tan claras como en la mayoría de los acontecimientos históricos. Examinando todos los pormenores de esta gigantesca ruina, sin dejarse arrastrar por suposiciones artificialmente constituidas, se llega, con el historiador inglés Gibbon, al siguiente resultado: "Nada asombra en el hecho de que Roma se hundiese, a no ser el que este hundimiento se hiciese esperar tanto". Pero también cabe en esto una explicación: la máquina estatal romana estaba tan bien montada y estaban los hombres tan persuadidos de la inquebrantabilidad de aquella máquina, que ésta cayó, digámoslo así, por sí misma, y durante largo tiempo pudo vencer todos los obstáculos, a pesar de que sus fundamentos hacía ya largo tiempo que estaban podridos.

Roma fue la víctima de su ciego frenesí de poderío y de sus inevitables y consiguientes ilusiones. Los dirigentes del Estado romano, con obstinación frenética, se esforzaban continuamente por ampliar y robustecer los resortes del poder y ningún medio era para ellos tan brutal y reprobable que no pudieran hacerlo servir como instrumento de su codicia de mando. La fabulosa disipación de las clases privilegiadas en tiempo de la decadencia, la explotación sin escrúpulos de todos los pueblos, la completa desmoralización de la vida pública y privada, no fueron resultado de una degeneración racial, sino consecuencia inevitable de esa tremenda insaciableidad que había puesto en cadenas al mundo en-

tero y que forzosamente había de llevar a un derrumamiento completo de todas las condiciones sociales de la vida. El poder de Roma era el Moloch que destroaba todo cuanto entraba en contacto con él, sin distinción de pueblo o raza. También los pueblos nórdicos se mostraron a este respecto incapaces de resistir y la "sangre germánica" no les ofreció protección alguna contra la **depravación general de un sistema opresivo** llevado hasta sus últimas consecuencias. En el mejor de los casos pudieron tomar en sus manos la horrible máquina, pero quedaron al propio tiempo esclavos absolutos de ella, y, como todos los demás antes que ellos, fueron triturados por su cruel engranaje.

Las señales de la ruina se advertían ya claramente en tiempo de la República. El Imperio fue solamente el heredero de la política guerrera republicana y, en realidad, la llevó a su completa expansión. Mientras se trató exclusivamente de la sumisión de los pequeños pueblos de la península itálica, no hubo grandes ganancias para el vencedor, puesto que Italia era país relativamente pobre. Pero después de la segunda guerra púnica, se modificó fundamentalmente la situación antigua. Las prodigiosas riquezas que afluyan a Roma contribuyeron al desarrollo gigantesco de un latrocínio capitalista que resquebrajó todos los fundamentos de la antigua estructura social. Salvioli, que estudió todas las ramificaciones de este sistema hasta en los detalles nimios, describió sus consecuencias de la manera convincente que a continuación se lee:

"Tras las brillantes guerras que abrieron a los romanos las puertas de África y de Asia, llegó el Imperio al punto más elevado de su desarrollo. Especialmente de Asia, país fabuloso del arte y de la industria, escuela superior de lujo y ornamentación, fuente inextinguible de seducción para los monopolizadores del Estado y procónsules, el poder brutal y extorsivo creó una verdadera corriente de oro y plata, sin cesar de inundar con ella a Italia, hasta que las fuentes se agotaron. Los tesoros que en Oriente, en las Galias, en el mundo entero se recogían, y los que la minería extraía del subsuelo, todos confluyan en Roma, como botín de guerra y tributo, como fruto de los saqueos y de los impuestos; incluso llegaban a los otros puntos de Italia, aunque en discreta proporción, por la parte que tenían en el conjunto de poder. Roma fue, y siguió siéndolo durante algunos siglos, el gran mercado de la riqueza metálica. Un vértigo furioso de tiranía y de avidez hacia que el simple guerrero y el simple campesino pensasen que la gloria propia se media como la gloria de su caudillo, solamente por la cantidad de oro y de plata que llevasen al volver triunfantes a la patria; por lo que todos se acostumbraron a exprimir el jugo a los vencidos sin compasión alguna y a vender a los pueblos amigos el favor de Roma al precio más alto. Nada había sagrado para esta codicia; el derecho y la razón eran vergonzosamente pisoteados en el fango. El rey Ptolomeo de Chipre era célebre como poseedor de un tesoro abundante y riquísimo y por desplegar munificentísima pompa; pues bien, sin tardanza se promulgó una ley, por la que el Senado

romano se arrogaba el derecho de heredar a un posible "confederado" rico aún en vida del mismo. El Senado consideraba los tesoros de todo el mundo simplemente como propiedad particular romana; a los vencidos no les era permitido poseer nada. De que esta corriente colossal no se interrumpiese, cuidaban los generales vencedores, los procónsules y los arrendadores de impuestos, que codiciaban las riquezas de los reyes y de los pueblos vencidos. Millares de mercaderes y caballeros de fortuna seguían a las legiones, convertían en dinero el botín que se repartía entre los soldados y se apoderaban de las tierras conquistadas que los generales les habían dejado².

Así mismo se produjo aquel desdichado régimen de especuladores y chalanes para quienes la única finalidad de la vida era el lucro, y que se esforzaban por aprovecharse de todas las cosas sin preocuparse lo más mínimo de las consecuencias. La usura más impudica se desarrolló en un sistema sanguinario que lenta pero seguramente debía echar los fundamentos de toda la vida económica. Se organizaron así los grandes capitalistas y las sociedades capitalistas por acciones que arrendaban al Estado todos los impuestos de los países y provincias. Al Estado se le ahorraba así trabajo y preocupaciones; pero a los países que caían en las garras de aquellos vampiros, les sacaban hasta la última gota de sangre, de modo que no les quedase nada capaz de provocar la codicia. De la misma manera se arrendaban los dominios del Estado y los trabajos de las minas; ellos surtían a las legiones del armamento necesario y amontonaban cada vez mayores capitales; organizaron el comercio de esclavos según las normas mercantiles, y nutrían a todas las haciendas con el material humano necesario; en una palabra, estaban dondequiera había algo que ganar.

Los hombres virtuosos de la República participaban en estas depredaciones con la mayor naturalidad y adquirían grandes riquezas como usureros, mercaderes de esclavos y especuladores de tierras. Catón, al que en nuestras escuelas se presenta aún como la encarnación de la virtud del antiguo romanismo glorificado, fue en realidad un hipócrita abominable y un usurero sin escrúpulos, para quien ningún medio era reprobable con tal de lograr su objeto. El dio a su época la nota característica al decir que "el primero y más sagrado deber del hombre es ganar dinero!" Plutarco le atribuyó como última expresión estas palabras: "Las cosas de los vencedores agradan a los dioses; las de los vencidos, a Catón". Sin embargo, Catón no formó excepción ninguna entre los "romanos virtuosos" de su época. Incluso el célebre tiranicida Bruto, al cual la leyenda ha vestido con todos los atributos de la más estricta rectitud, fue también un usurero despiadado como Catón y otros mil, y sus costumbres sociales fueron frecuentemente de tan dudosa naturaleza que el mismo Cicerón, firme defensor de usureros y especuladores, se excusó de defen-

derlo ante los tribunales.

La causa más importante, y con mucho, de la caída de Roma, fué la ruina de los pequeños propietarios de la tierra, que anteriormente fueron el más firme baluarte de la superioridad romana. Las continuas y afortunadas guerras los impulsaron hacia esa peligrosa senda que hasta hoy ha sido fatal para todos los conquistadores. Ya la rendición de las ciudades etruscas en el norte y la conquista de las colonias griegas en el sur de la península habían excitado poderosamente la codicia de los romanos. No obstante, cuando llevaron con éxito la guerra al exterior y emprendieron con tesón el desarrollo de su política mundial, lo demás se produjo por sí mismo. La política de dominación mundial y el cuidado de los campos son cosas que no pueden conciliarse durante largo tiempo. Los campesinos progresaban al calor de la tierra que cultivaban; pero las continuas guerras que sacaban sin cesar de los campos a millares de trabajadores, inevitablemente, con el transcurso del tiempo, arruinaron a la agricultura. Un sistema bajo el cual de cada 1.000 hombres, 125 comprendidos entre los 17 y los 45 años, estaban sujetos al servicio de las armas, debía en rigor conducir a la decadencia del campesino. El Estado elevó frecuentemente la obra de los salteadores a sistema político, y estas ganancias fácilmente obtenidas, con el tiempo tenían que parecer a los individuos más productivas que el fatigoso trabajo de la tierra. De esta manera, poco a poco, el campesino se fue alejando del agro. Durante las largas guerras, el campesino romano se desangró mortalmente; los mismos escritores contemporáneos escriben que Roma, después de la segunda guerra púnica, había perdido la mitad de su población antigua. Además, el pequeño propietario de la tierra fue desapareciendo rápidamente y en su lugar se desarrollaron los llamados latifundios, de los que Plinio afirmaba, con razón, que habían arruinado a Italia y a las provincias.

La cuestión de la tierra representó ya en la antigua Roma un papel muy significativo, sobre todo en las prolongadas contiendas entre patricios y plebeyos. En estas duras luchas, los plebeyos ganaron finalmente la igualdad legal con sus antiguos adversarios, y la célebre legislación licinio-sextina, cuya redacción sólo ha llegado hasta nosotros fragmentariamente, determina que desde entonces, al repartir las tierras de Estado, ambas partes obtendrán porciones idénticas. También determinó dicha ley que los grandes terratenientes debían emplear un número de trabajadores libres proporcionado al número de esclavos que ocupasen. A la terminación de la segunda guerra púnica, esta disposición quedó completamente inaplicada por inútil. Centenares de propiedades pequeñas estaban enteramente en barbecho porque sus dueños habían perecido. Además, por haberse apropiado el Estado de los bienes de todos los partidarios de Aníbal en Italia, adquirió enormes propiedades, de las que, empero, la mayor parte fueron a parar a manos de especuladores. La especulación de tierras tomó ingentes proporciones. Todos los escritores contemporáneos están contestes acerca de la ignominiosa manera

² J. Salvioli, Der Kapitalismus im Altertum, pág. 26 (Stuttgart, 1922).

en que los pequeños propietarios eran despojados de sus tierras:

"¿Por qué remueves sin cesar las lindes vecinas y en tu avaricia invades los campos de tus clientes? El esposo y la esposa son arrojados llevando consigo sus bienes y sus hijos harapientos..."³

A pesar de que en numerosas partes del Imperio no había sido despojada por completo la **pequeña propiedad**, el sistema de explotación agrícola de los grandes latifundios arruinó a muchos millares de pequeños propietarios. Los latifundios que no quedaron en barbecho o fueron convertidos en praderas, eran cultivados por esclavos del agro, los más despreciados de los esclavos. **De este modo la redditibilidad del campo fue disminuyendo continuamente, como sucede en todo trabajo producido por esclavos.** Grandes masas de obreros agrícolas libres perdieron su medio de existencia a causa del trabajo de los esclavos; y la importación de trigo de Sicilia y África arruinó completamente a numerosísimos pequeños agricultores.

En las ciudades aparecía el mismo cuadro. Allí las industrias, que los esclavos montaron para los menesteres domésticos en las casas de los ricos, arruinaron en absoluto a innumerables pequeños artesanos, en la misma forma que se había arruinado a los pequeños agricultores y a los obreros del campo. **Estos emigraron a las ciudades y engrosaron las filas de los proletarios menesterosos, a los cuales se les había quitado todo medio de ocupación productiva**, desacostumbrándolos así del trabajo y haciéndolos útiles al Estado solamente como productores de carne humana. Esta masa haragana, inactiva, sin convicciones, acostumbrada a vivir de las migajas de los ricos, constituyó para los aventureros y arribistas políticos la claque, cuyo apoyo subvencionado era tan útil en sus planes ambiciosos. **Ya en tiempos de la República, la venta de votos era una fuente de ingresos para el proletariado de la ciudad.** Los ricos compraban los votos de los ciudadanos pobres y así podían alcanzar los puestos más importantes y transmitirlos en herencia a sus hijos, tanto que algunos cargos de Estado estuvieron casi siempre en poder de la misma familia. Un candidato para cargo público carecía de toda probabilidad de alcanzarlo si no estaba en disposición de distribuir regalos y pagar juegos públicos —por lo general luchas de gladiadores— para influir sobre sus electores.

En tales circunstancias sólo era de esperar que la influencia de los generales vencedores fuese cada día mayor en los asuntos políticos, lo cual abrió el camino al cesarismo. En realidad el tránsito de la república a la monarquía se efectuó en Roma sin grandes dificultades. Hombres como César, Creso y Pompeyo emplearon sumas fabulosas para preparar la opinión pública. Los Césares posteriores utilizaron este medio, transformándolo en el refuerzo de su política interior, condensada en las palabras *panem et circenses*.

Para mantener el buen humor de las masas proleta-

rias de la ciudad, debían servir especialmente las crueles luchas de gladiadores. Miles y miles de los esclavos más fuertes eran educados en escuelas especiales, para degollarse mutuamente en la arena ante los ojos de una muchedumbre embrutecida o para **medir sus fuerzas en combates con fieras hambrientas.** "Toda monstruosidad —dice Friedlander— tuvo su expresión en la arena; pues ni en la historia ni en la literatura hay torturas ni modos de matar que no se expusiesen prácticamente a la muchedumbre del anfiteatro". Estos juegos criminales duraban a veces semanas enteras; así se refiere de Trajano que una vez permitió que fuesen conducidos a la arena 10,000 gladiadores; horrible representación que duró 123 días. Innecesario es describir las consecuencias desoladoras que había de tener el permanente espectáculo de estos espantosos horrores sobre el carácter del pueblo.

Las continuas guerras tenían que conducir necesariamente a que, con el transcurso del tiempo, Roma no pudiese sacar de las filas de la población libre hombres para su defensa. Ya Julio César había empezado a incorporar a su ejército soldados mercenarios de los pueblos extranjeros. Los Césares posteriores desarrollaron la milicia en un sistema permanente y crearon así la monarquía militar, cuya semilla había plantado antes la República. Pero la soldadesca extranjera, que después se compuso principalmente de celtas, germanos y sirios, carecía de la ideología en que se habían nutrido y educado los antiguos romanos. Para los mercenarios el saqueo era un mero oficio remunerativo; la "idea de Roma" les importaba un ardite, pues su contenido les era completamente desconocido. Por consiguiente los Césares tuvieron que procurar siempre tener contentas a sus hordas pretorianas, con objeto de no poner en peligro su imperio. **Las últimas palabras del emperador Severo a sus dos hijos: ¡Conservad contentos a vuestros soldados y no os preocupéis de otra cosa!** fueron la consigna perpetua y principal del cesarismo.

Como ninguno de los Césares estaba seguro de su dominio y debía vivir en guardia ante sus rivales, que salían de entre sus propios generales y favoritos, el ejército era un instrumento cada vez más costoso, cuyo mantenimiento resultaba más difícil cada día. **Así poco a poco llegaron los pretorianos a ser el elemento decisivo en el Estado, y muchas veces el César no era otra cosa que su prisionero.** Ellos derrocaban a un emperador y elevaban otro al trono, siempre que por uno u otro lado hubiese perspectivas de botín mayor. Cada nueva elección de emperador implicaba un saqueo total del tesoro del Estado, tesoro que después había de reponerse acudiendo a todos los procedimientos posibles. Las provincias, cada vez a intervalos más cortos, eran oprimidas y estrujadas como una esponja, lo cual lentamente llevó al agotamiento absoluto de todas las fuerzas económicas. **A esto se añadía que el capitalismo romano no desarrollaba ninguna actividad productiva**, sino que meramente vivía del robo, lo cual no podía menos que acelerar la catástrofe.

Cuanto más avanzaba el cesarismo por esta peligrosa

³ Horacio, Odas. Libro segundo, 18.